

HARRIS, JOHN (2007): *ENHANCING EVOLUTION. THE ETHICAL CASE FOR MAKING BETTER PEOPLE* (ESTADOS UNIDOS, PRINCETON UNIVERSITY PRESS) 259 PP.

En uno de sus cuentos, Jorge Luis Borges describe a una tribu de seres humanos que han bebido del “ *río secreto que purifica de la muerte a los hombres*”. Los inmortales son seres primitivos, que el narrador describe como “ *hombres de piel gris, de barba negligente, desnudos. Creí reconocerlos: pertenecían a la estirpe bestial de los trogloditas...*”.

El reproche implícito a la inmortalidad es la pérdida de relevancia de las cosas. El problema no es el aburrimiento, ni el tedio. Es la pérdida de sentido. “ *La muerte (o su alusión) —dice Borges— hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos se conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último [...]. Entre los Inmortales, en cambio, cada acto (y cada pensamiento) es el eco de otros que en el pasado lo antecedieron. [...] Nada puede ocurrir una sola vez, nada es preciosamente precario. Lo elegiaco, lo grave, lo ceremonial, no rigen para los Inmortales*”. Los trogloditas, los inmortales, lo único que ansían es recuperar la mortalidad nuevamente.

Hoy en día la discusión sobre si, dada la oportunidad, deberíamos optar por un aumento considerable de nuestras expectativas de vida o no, se presenta seriamente en la discusión académica, en el contexto de los nuevos avances en biotecnología que permitirían alterar y mejorar nuestra propia constitución natural. Es en este contexto en que el recientemente publicado *Enhancing Evolution. The Ethical Case for Making Better People*, de John Harris, aborda los distintos problemas que la llamada revolución biotecnológica presenta a la ética, entre ellos, el problema de la inmortalidad.

El libro es pertinente. Nacido de una conferencia sobre el tema en la Universidad de Oxford, pretende abordar de forma comprensiva muchos de los debates que se presentan en

torno al *enhancement*, es decir, a la posibilidad de alterar nuestra naturaleza y “mejorarla” de acuerdo a nuestros estándares de excelencia. Hoy la ciencia puede hacernos más fuertes, rápidos, inteligentes y concentrados, mediante medicamentos, tratamientos y, también (y esta es la novedad más radical), alterando nuestra composición genética.

No es el primero en abordar este tema. El mismo Leon Kass (presidente del Consejo Asesor en Bioética de la Casa Blanca y profesor de la Universidad de Chicago) había publicado un interesante ensayo en la revista *First Things* el año 2001 en el que da cuenta del estado de la discusión científica y ética, y propone algunas críticas a la inmortalidad¹. Asimismo, en otros ensayos había planteado su objeción a las técnicas de alteración biológica para potenciar nuestra naturaleza (o la de nuestros hijos)². En esto último está bien acompañado por figuras como Francis Fukuyama³, Jürgen Habermas⁴, y Michael Sandel⁵, quienes de una manera u otra han planteado objeciones categóricas a las técnicas de *enhancement*. Incluso Peter Singer, con quién Harris comparte una perspectiva utilitarista para abordar estos problemas, ha planteado algunos de los peligros que entrañan las técnicas de *enhancement*⁶.

Y es que más allá de lo exótico y chocante que puede ser discutir sobre la posibilidad de crear superhombres inmortales, los avances en tecnología han permitido una discusión de gran relevancia moral y política, cuyo principal mérito es obligarnos a revisar muchos de los conceptos y teorías normativas dominantes (herederas fundamentalmente del “proyecto de la Ilustración” de fundamentación de la moral y el derecho), las cuales de-

* El título de este libro y su contenido no cuentan con traducción oficial al español. Se sugiere la siguiente sobre el título: MEJORAR LA EVOLUCIÓN: EL CASO ÉTICO DE HACER MEJOR A LA GENTE.

¹ KASS (2001) pp. 17-24.

² KASS (1997) pp. 17-26 y Kass (2003) pp. 9-28.

³ FUKUYAMA (2002).

⁴ HABERMAS (2002).

⁵ SANDEL (2007).

⁶ SINGER (2006).

muestran ser insuficientes para abordar estos problemas. El libro que comentamos viene a incorporarse a esta nueva gran discusión. La postura de Harris es novedosa: su libro es una gran defensa del *enhancement* y de las consecuencias que traerá, intentando dar una visión completa de los distintos problemas que se han discutido en esta arena.

Quizás la actitud que permea el libro pueda resumirse en la pregunta: “¿por qué no?” Ya en el Capítulo 1 del libro el autor plantea su visión con claridad. Harris parte constatando que mejorar nuestras posibilidades y talentos es algo que hacemos con frecuencia: buscar un buen colegio para que nuestros hijos se desarrollen intelectual y físicamente no es algo muy distinto de buscarles una medicina o intervención genética que pueda lograr el mismo efecto (pp. 1ss.) El uso de anteojos, por ejemplo, es una forma de *enhancement*, y como esa hay miles que utilizamos a diario. Por otro lado, los nuevos avances en biotecnología nos permitirían evolucionar, algo que nuestra especie (y otras en el planeta) ya ha hecho a lo largo de los siglos sin el escándalo de nadie (p. 15), aunque implique, en cierto modo, cambiar nuestra naturaleza. Un último punto que me parece central en la argumentación del autor es el esfuerzo por borrar la línea entre “terapia” y *enhancement*: “mi punto es –dice Harris– que los tratamientos o medidas preventivas que protegen a los seres humanos de cosas a las que normalmente son vulnerables o que previenen daño a ese individuo al operar en el organismo, al afectar el modo en que el organismo funciona, también son necesariamente *enhancements*. Eso vale para drogas, comidas, vacunas, implantes [...]. Los límites entre tratamiento y *enhancement*, entre terapia y *enhancement* no son precisos y con frecuencia son inexistentes, ni son estas categorías excluyentes” (p. 57).

Así, es comprensible que Harris traslade el peso de la prueba a sus contradictores: si estamos hablando de tecnologías que por definición “mejoran” algún aspecto de nuestra naturaleza, entonces en principio deberían ser aceptadas. De ahí que en el libro se dedique una atención considerable a refutar los argumentos de quienes han planteado objeciones a

las técnicas de alteración de nuestra naturaleza biológica.

Quizás en este último punto es donde esté la mayor debilidad del trabajo. El autor no es del todo riguroso en sopesar los argumentos de quienes refuta, ni realiza un esfuerzo por darles la mejor interpretación posible.

Un ejemplo de esto último es la crítica a las tesis de Michael Sandel, quien en un artículo titulado *The Case against Perfection: What's wrong with Designer Children, Bionic Athletes, and Genetic Engineering* ya había presentado una vigorosa réplica a las técnicas de *enhancement*. La crítica de Sandel, eminentemente moral, apunta a la actitud que entrañan estas técnicas, las cuales representan una especie de “hiperagencia; una aspiración prometeica de rehacer la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana, para servir nuestros propósitos y satisfacer nuestros deseos. El problema no es la tendencia hacia lo mecánico, sino el afán de dominación. Y lo que el afán de dominación pierde de vista, o puede incluso destruir, es el aprecio por el carácter dado de los poderes humanos de sus logros”⁷.

Ahora, para Harris las razones de Sandel son insuficientes, quizás incluso falaces. Por un lado, no queda claro por qué se debe aceptar “lo dado”. ¿Por qué la enfermedad de un hijo es algo que no se acepta, pero el mejorarlo genéticamente se rechaza? (pp. 112 ss.). Aquí me parece que se muestra con claridad las limitaciones del enfoque de Harris, y su esfuerzo por borrar del plano ético la línea que separa “terapia” y *enhancement*. Precisamente en el caso de la relación de los padres con los hijos se demuestra claramente la diferencia entre la actitud del agente que trata una enfermedad de un hijo y la del que busca “potenciarlo” (o incluso diseñarlo) genéticamente. Si miramos solo el resultado inmediato de las distintas acciones (“mejorar” al hijo y curarlo de una enfermedad, en este caso), en muchos casos pueden ser similares. “Hacerlo” más fuerte tendrá como consecuencia que viva más, lo que produce el mismo resultado que, por ejemplo, vacunarlo. Sin embargo, la actitud del padre que medita el catálogo

⁷ SANDEL (2004).

go de características con las que su hijo puede ser fabricado como quien revisa qué auto se va a comprar, es distinta del que lo acepta y espera tal como es, lo que no implica que este último no esté dispuesto a curar sus enfermedades. En este punto, si bien Harris puede objetar que no es un bien para el padre querer a su hijo tal como es, creo que es pertinente enfatizar que la actitud de ambos padres no es la misma, y que en ese sentido, la relación de los distintos padres con sus hijos tampoco será la misma. Harris debe demostrar que Sandel está equivocado en creer que la primera es mejor. Pero para eso, nuevamente, debe argumentar ese punto, y no simplemente menospreciar su relevancia.

En último término, me parece que el enfoque utilitarista (en lo propiamente ético) y libertario (en lo que se refiere a las posibilidades de restringir coactivamente la acción de los particulares) Harris no da una respuesta a muchos de los problemas que aborda. La actitud que predica Sandel no tiene que ver con “buenos resultados”, sino, precisamente, con la forma en que cada uno de nosotros debe pararse frente al mundo. El problema de Harris es que no capta adecuadamente cuál es el sentido último de las posturas de Sandel, por lo que sus argumentos en contra de ellas aparecen excepcionalmente livianos. Su debilidad no es no concordar con Sandel, ni ser incapaz de mostrar los puntos en que sus argumentos requieren de mayor desarrollo (que los hay), sino el no comprender en toda su profundidad lo que Sandel está intentando mostrar. En el fondo, no comprender que en estos problemas no son solo relevantes los resultados que se logren con las técnicas de *enhancement*, sino también las disposiciones de los agentes que ejecutan estas técnicas, disposiciones que pueden distorsionar su propia percepción del mundo y las relaciones que construyen con los demás, así como la posibilidad de que la manipulación biogenética perjudique la autocomprensión de la especie necesaria para fundamentar la autonomía en el sentido que requieren posturas como las de Harris, un punto central en los escritos de Jürgen Habermas sobre el tema⁸. Establecer si finalmente Sandel tiene razón en esto o no, escapa a las pretensiones de esta recensión. Lo que sí cabe

decir es que Harris no parece capaz de comprender dimensiones relevantes de lo normativo que aparecen implicadas en este debate, por lo tanto sus réplicas a Sandel (y también a Kass y a Habermas) parecen desacertadas o insuficientes, tal como su análisis general de estos problemas.

FRANCISCO J. URBINA*
Director de Investigación IES
Instituto de Estudios de la Sociedad

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- FUKUYAMA, Francis (2002): *El fin del hombre* (Traducc. PACO REINA, Buenos Aires, Ediciones B) 414 pp.
- HABERMAS, Jürgen (2002): *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?* (Traducc. R.S. CARBÓ, Barcelona: Paidós) 146 pp.
- KASS, Leon (1997): “The Wisdom of Repugnance”, *The New Republic* N° 216: pp.17-26.
- KASS, Leon (2001): “L’Chaim and its Limits: Why not Immortality?”, *First Things* N° 113: pp. 17-24, Disponible en: <<http://firstthings.com/article=2188>> [fecha de consulta: 5 de noviembre de 2008].
- KASS, Leon (2003): “Ageless Bodies, Happy Souls: Biotechnology and the Pursuit of Perfection”, *The New Atlantis* N° 1: p. 9-28.
- SANDEL, Michael (2007): *The Case Against Perfection* (Cambridge, Mass., Harvard University Press) 176 pp.
- SANDEL, Michael (2004): “The Case against Perfection: What’s wrong with Designer Children, Bionic Athletes, and Genetic Engineering”, *The Atlantic Monthly* vol. 292 N° 3: Disponible en: <http://www.theatlantic.com/doc/200404/sandel> [fecha de consulta: 5 de noviembre de 2008].
- SINGER, Peter (2006): “The Mixed Blessing of Genetic Choice”, Disponible en: <<http://www.project-syndicate.org/commentary/singer15>> [fecha de consulta: 5 de noviembre de 2008].

⁸ HABERMAS (2002).

* Licenciado en Ciencias Jurídicas por la Pontificia Universidad Católica de Chile.